

LA EUCHARISTÍA

Fundamento bíblico para la Eucaristía

La Iglesia llama a la Eucaristía la “fuente y culmen de toda la vida cristiana”. Esto lo deja claro en el Concilio Vaticano Segundo y lo reitera en el Catecismo de la Iglesia Católica (ver 1324). En la Eucaristía recibimos a nuestro salvador Jesucristo y participamos en su Misterio Pascual: su Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión. Juan Pablo II escribió en su encíclica *Ecclesia de Eucharistia*: “Todo fiel puede tomar parte en él, obteniendo frutos inagotablemente” (11).

Como la Eucaristía está tan estrechamente vinculada con Jesús, podemos olvidar que “este acontecimiento central de salvación” (EE, 11), finaliza muchos milenios de preparación. Mucho antes de que Jesús instituyera la Eucaristía en la última Cena, Dios comenzó su plan de salvación que llevaría al pueblo a participar del Cuerpo y Sangre de Jesús. Durante la historia de la salvación, como se registra en el Antiguo Testamento, podemos reconocer el presagio de la Eucaristía, sobre todo en los detalles del Banquete Pascual. El Nuevo Testamento nos muestra cómo Jesús estableció las bases para la celebración continua de la Eucaristía.

Al inicio de la creación, después de que Dios formó al hombre y a la mujer, ellos pecaron por querer definir por sí mismos el bien y el mal, en lugar de confiar en la palabra de Dios. Las consecuencias de su pecado se detallan en los primeros capítulos del Génesis, pero el resultado principal es la pérdida de la armonía original con Dios y con el otro. La respuesta de Dios demuestra su justicia y misericordia perfectas. Él permite las consecuencias de sus actos, pero también hace algo más: él inicia su plan para salvar a los hombres mediante su Hijo.

LOS PRESAGIOS DEL GÉNESIS

El primer presagio del plan de Dios se encuentra en Génesis 3, 15, en donde Dios se dirige a la serpiente que tentó a los primeros hombres para pecar:



“Haré que haya enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya. Ella te pisará la cabeza mientras tú herirás su talón”.

Al leer este versículo a la luz de Cristo, la Iglesia lo llama el “protoevangelio”, o el primer Evangelio. La mujer es un presagio de María y su descendencia es un presagio de Jesús, quien, al ofrecerse a sí mismo para el perdón de los pecados, vencerá a la serpiente (el diablo) y restaurará la armonía original entre Dios y la humanidad (ver CIC, 410-12).

Dios continúa con su plan de salvación al realizar alianzas con la humanidad, y su pueblo responde ofreciendo sacrificios. Por ejemplo, Noé en Génesis 8, 20 y 9, 9-13 y Abraham en Génesis, capítulos 15 al 22. Una alianza es más que un contrato. Este último consiste en dar algo a cambio de otra cosa. Una alianza es un vínculo especial sellado con la palabra de las dos partes. En sus alianzas, Dios prometió estar con su pueblo y el pueblo se comprometió a serle fiel. Aunque que la humanidad

La Eucaristía: Series de folletos para el boletín

Semana 1 – Lo que la Iglesia nos enseña

Semana 2 – Invitación a la Eucaristía

► Semana 3 – Fundamento bíblico

Semana 4 – Adoración

continuamente ha roto sus alianzas con Dios, él ha permanecido siempre fiel.

Los sacrificios que el pueblo ofrecía a Dios manifestaban su gratitud por su cuidado y su deseo de recibir su perdón. El sacrificio por lo general se trataba de un animal. Una excepción importante es el sacrificio del pan y el vino ofrecido por Melquisedec en acción de gracias a Dios por otorgarle la victoria a Abraham frente a sus enemigos (ver Gn 14, 18-20). La Iglesia reconoce el sacrificio de Melquisedec como un presagio de la Eucaristía.

El acontecimiento principal del Antiguo Testamento que presagia la

“Todos los días se reunían en el Templo con entusiasmo, partían el pan en sus casas y compartían la comida con alegría y con gran sencillez de corazón. Alababan a Dios y se ganaban la simpatía de todo el pueblo; y el Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se iban salvando”. — Hechos 2, 46-47

Eucaristía es la Pascua, que contiene una alianza, un sacrificio y un banquete (ver particularmente Ex 12). Dios liberó a los israelitas de los egipcios y, para marcar este evento, los israelitas debían sacrificar un cordero sin mancha, colocar la sangre sobre la puerta y comer el cordero con pan ázimo, que, al no tener levadura, podía cocinarse rápidamente. El ángel del Señor pasaría de largo por las casas de los israelitas, salvándolos de la muerte y permitiéndoles huir. Ellos debían conmemorar este acontecimiento por siempre.

Cuando los israelitas dejaron Egipto, caminaban en la presencia de Dios, quien seguía cuidando de ellos. Dios abrió las aguas del Mar Rojo para que los israelitas pudieran escapar la persecución de los egipcios. Él los alimentó en el desierto con maná, pan que bajó del cielo. Mediante la intercesión de Moisés, el pueblo hizo una alianza con Dios, aceptando obedecer sus mandamientos y ofrecerle un sacrificio. Moisés roció la sangre del sacrificio sobre el pueblo, marcando así su aceptación.

EL BANQUETE PASCUAL

Aun en la actualidad, el pueblo judío celebra el Banquete Pascual. Al comer el cordero expiatorio, pan ázimo y vino, ellos creen que las obras salvadoras de Dios están presentes en su vida. La Pascua les recuerda que deben vivir de acuerdo con la Palabra de Dios, quien ha permanecido fiel a sus promesas (ver CIC, 1334).

La Eucaristía comparte muchos de los aspectos del Banquete Pascual. De hecho, Jesús instituyó la Eucaristía durante un banquete pascual que él celebró con sus apóstoles la noche antes de morir (ver Lc 22, 7-20; Mt 26, 17-29; Mc 14,12-25). Inclusive antes de esta cena, Jesús ya se había referido a sí mismo como “el pan de vida” (Jn, 6, 35), superando el maná que Dios envió a los israelitas. Durante la cena, Jesús dice que el pan que él comparte es su Cuerpo y el vino que sirve es su Sangre. Él se ofrece como el cordero expiatorio y establece una nueva alianza.

“Al celebrar la última Cena con sus apóstoles en el transcurso del Banquete

Pascual, Jesús dio su sentido definitivo a la pascua judía. En efecto, el paso de Jesús a su Padre por su Muerte y su Resurrección, la Pascua nueva, es anticipada en la Cena y celebrada en la Eucaristía que da cumplimiento a la pascua judía y anticipa la pascua final de la Iglesia en la gloria del Reino” (CIC, 1340).

La Resurrección demuestra la fidelidad de Dios a su palabra: mediante Jesús, por el poder del Espíritu Santo, la muerte ha sido derrotada y la vida eterna ha sido victoriosa. Después de la Resurrección, Jesús comparte un banquete con sus discípulos, reforzando el carácter perdurable de este sacrificio. En cualquier lugar que la Iglesia se reúne en la Eucaristía, Jesús y sus dones de salvación se hacen presentes.

Si analizamos la Eucaristía en el contexto de la historia de la salvación y a la luz del texto bíblico, podemos ver que Dios preparó al mundo para recibir a Jesús como el único y verdadero sacrificio y el mediador de la alianza divina. Como Jesús es Dios, él “lleva a la perfección todos los intentos humanos de ofrecer sacrificios” (CIC, 1350). A diferencia de las alianzas anteriores, Jesús cumple su palabra ante el Padre y ante nosotros.

La Eucaristía no es solo la fuente y cima de la vida cristiana; es la alianza nueva y eterna que reconcilia perfectamente a Dios y a la humanidad. Cuando nos presentamos ante Dios ahora, no tenemos que ofrecer un chivo expiatorio. Unidos con Jesús en la Eucaristía, ofrecemos al Padre a su único Hijo, el cordero expiatorio perfecto.

La Iglesia nunca ha dejado de celebrar la Eucaristía, transmitiendo lo que recibió del Señor: “Eran asiduos a la enseñanza de los apóstoles, a la convivencia fraterna, a la fracción del pan y a las oraciones”. (Hechos 2, 42).



LA EUCHARISTÍA

Adoración al Santísimo Sacramento

Al escribir sobre la adoración al Santísimo Sacramento, el papa y ahora santo, Juan Pablo II, animaba a los fieles a “estar con [Cristo, bajo las especies eucarísticas] y, reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto (cf. Jn 13, 25) y a palpar el amor infinito de su corazón” (*Ecclesia de Eucharistia*, 25).

Juan Pablo II escribió estas palabras en el 2003, cuando reconoció que entre los fieles de la Iglesia existía tanto una atención loable como un abandono lamentable de la adoración Eucarística. Sabiendo que Jesús está realmente presente en la Eucaristía, es entendible que la gente desee adorarlo. Pero ¿por qué razón alguien rechazaría la adoración?

Encuestas recientes que reportan que la gran mayoría de los católicos en los EE. UU. no creen en la enseñanza de la Iglesia sobre la Eucaristía, sugieren una parte de la razón. La incredulidad no es nada nuevo. Cuando Jesús les dijo a sus discípulos que tendrían que comer su Cuerpo y beber su Sangre para tener vida eterna, muchos de ellos se alejaron de él. Solamente Pedro y los apóstoles se quedaron y pusieron su fe en las palabras de Jesús (ver Jn 6, 53, 69).

Quizás los apóstoles pensaron lo que san Ambrosio expresó años después: “La palabra de Cristo, que pudo hacer de la nada lo que no existía, ¿no podría cambiar las cosas existentes en lo que no eran todavía? Porque no es menos dar a las cosas su naturaleza primera que cambiársela” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 1375).

“ESTE ES MI CUERPO”

Desde sus inicios, la Iglesia basa sus enseñanzas sobre la Eucaristía en las palabras de Jesús, quien dijo “este es mi Cuerpo” y “esta es mi Sangre”.

“Al convertirse misteriosamente en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, los signos del pan y del vino siguen significando



La Eucaristía. Series de folletos para el boletín

Semana 1 – Lo que la Iglesia nos enseña

Semana 2 – Invitación a la Eucaristía

Semana 3 – Fundamento bíblico

► Semana 4 – Adoración

también la bondad de la creación” (*CIC*, 1333). La fe asegura al creyente la veracidad de Dios (ver Heb 11), y los creyentes, mediante su testimonio, atraen a otros a la verdad de Dios.

De hecho, la fe y testimonio de los cristianos que creyeron en la presencia real de Jesús en la Eucaristía fue lo que llevó a la práctica común de la Adoración Eucarística. A medida que se profundizó la fe en la presencia real, la gente deseaba adorar a Jesús en el Santísimo Sacramento aun fuera de la Misa.

Durante el primer milenio de la cristiandad, no era posible encontrar una parroquia local que ofreciera adoración perpetua en una capilla separada, ni siquiera había procesiones Eucarísticas. Los cristianos adoraban a Cristo en la Eucaristía, pero el principal encuentro sucedía durante la Misa. Cuando se reservaba la Eucaristía, era con el propósito de llevar la Comunión a los enfermos.

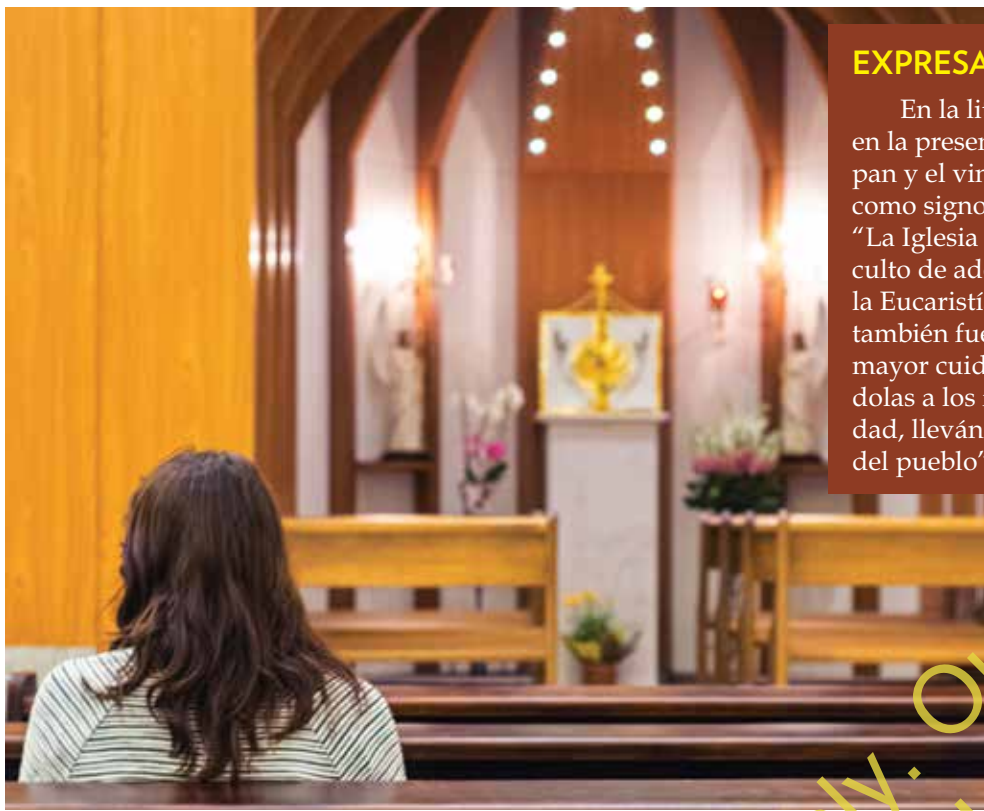
A medida que creció la cristiandad y se convirtió en parte de la cultura más amplia, los miembros de la Iglesia comenzaron a especular (de manera respetuosa) sobre ciertas creencias. En el siglo XI, Berengario de Tours parecía sugerir en sus discursos que la Eucaristía solo contenía el Cuerpo resucitado y glorioso de Cristo, sin ninguna conexión al cuerpo nacido de la Virgen. El Papa Gregorio VII aclaró este asunto al declarar que la Eucaristía contenía el verdadero Cuerpo de Cristo, nacido de

María y sentado a la derecha de Dios. Berengario estuvo de acuerdo con la definición del papa.

La presencia de Cristo en la Eucaristía se convirtió en un tema polémico y continuaron las especulaciones. La gente en las parroquias respondió al enfoque tan intenso a la presencia real con asombro. Era muy común que los fieles vieran con reverencia las especies consagradas (en la forma de pan y vino) en lugar de recibir el sacramento.

Durante el siglo XIII, el Papa Urbano IV decretó la celebración anual de la fiesta de Corpus Christi, en la cual el sacerdote, llevando la Hostia consagrada, hacía una procesión por la iglesia y sus alrededores para que los espectadores pudieran adorar el Sacramento. De hecho, el periodo medieval fue testigo del inicio de muchas devociones Eucarísticas que motivaron la adoración de los fieles.

El Concilio de Trento, que se



EXPRESAR NUESTRA FE

En la liturgia de la Misa expresamos nuestra fe en la presencia real de Cristo bajo las especies del pan y el vino al hacer una genuflexión o inclinarnos como signo de adoración al Señor, entre otras cosas. “La Iglesia católica ha dado y continúa dando este culto de adoración que se debe al sacramento de la Eucaristía no solamente durante la Misa, sino también fuera de su celebración: conservando con el mayor cuidado las hostias consagradas, presentándolas a los fieles para que las veneren con solemnidad, llevándolas en procesión en medio de la alegría del pueblo” — *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1378

Adoración Eucarística de un modo tierno y sensible, sugiriendo que era igual que descansar en el pecho de Jesús. Sin embargo, él también menciona el balance que los fieles deben tener entre participar en la Eucaristía y contemplar la divina presencia:

“El culto que se da a la Eucaristía fuera de la Misa es de un valor inestimable en la vida de la Iglesia. Dicho culto está estrechamente unido a la celebración del Sacrificio eucarístico. La presencia de Cristo bajo las sagradas especies que se conservan después de la Misa... deriva de la celebración del Sacrificio y tiende a la comunión sacramental y espiritual” (*Ecclesia de Eucharistia*, Núm. 25).

El Papa Francisco también anima a participar en la Adoración Eucarística

y enfatiza que adorar a Dios debe llevar al creyente a propagar el Evangelio de Cristo y a servir a nuestros hermanos y hermanas.

Adorar a Jesús en la Eucaristía, como lo hacen muchos creyentes, tiene el potencial de atraer a otras personas a Cristo, no solo en la propia práctica, sino en sus

frutos, que incluyen la comunión con Cristo. “En su presencia eucarística permanece misteriosamente en medio de nosotros como quien nos amó y se entregó por nosotros” (CIC, 1380). Que los que creemos en él lo adoremos en su presencia y nos unamos a él en su misión.

TANTUM ERGO (TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL)

Veneremos, pues, inclinados tan grande Sacramento; y la antigua figura ceda el puesto al nuevo rito; la fe supla la incapacidad de los sentidos.

Al Padre y al Hijo sean dadas alabanza y júbilo, salud, honor, poder y bendición; una gloria igual sea dada al que del uno y del otro procede. Amén.

reunió durante los años 1545-63, avaló encarecidamente la veneración del Santísimo Sacramento durante la Misa y fuera de ella, como en las procesiones. Pero el Concilio también notó que los creyentes, preparados debidamente, deberían consumir el pan y el vino consagrados en la celebración de la Eucaristía. La preocupación era que la gente se estaba convirtiendo en espectadores y no en participantes.

El Concilio Vaticano Segundo, en la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, retomó esta preocupación y exhortó que

los fieles durante la Misa “no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que, comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen conscientemente, piadosa y activamente en la acción sagrada” (48).

APOYO DE LOS PAPAS

Ese documento no proscribía la Adoración Eucarística, sino que traía un balance a la participación de los fieles en Misa. Para que no hubiera ningún malentendido, el Papa Pablo VI publicó dos años después la encíclica *Mysterium Fidei*, que se enfoca más directamente en la Eucaristía. En esta enseñanza, el Papa Pablo recomendó que la gente debiera recibir la Comunión en la Misa, inclusive diariamente, y visitar al Santísimo Sacramento cuando se encuentre reservado en las iglesias (ver 66).

El Papa Juan Pablo II, como lo hemos mencionado, escribió sobre la

“No es con el fin de ocupar un ciborio dorado que Jesús viene todos los días desde el cielo, sino que es para encontrar otro cielo, es decir, nuestras almas, en las que él se pueda deleitar”

– Santa Teresa de Lisieux